

REFLEXIÓN

Lucia Berlín: una dulce y alegre gratitud¹

Rev APSAN 2022,2(1): 20-28

Carolina Besoain² y Trinidad Avaria³



Este texto es una mezcla de manifiesto y de búsqueda. No podemos escribir si no es desde el cuerpo y estamos buscando una escritura que logre hacer que el cuerpo respire. En toda dirección de la cura se juega la transferencia, la generación de un vínculo que se pueda internalizar como capacidad creadora. En tiempos de pandemia y cuarentenas, la rutina de ver a alguien todas las semanas, semana tras otra, es sostener la vida. Es el encuadre mínimo de la vida: algo se organiza, le creemos a alguien. La esperanza en la vida es una experiencia primordial que nos permite resistir. Es un futuro, la esperanza en que las cosas van a estar, que no habrá derrumbe.

En este escrito queremos sostener la esperanza con Lucía Berlín. Ella nos

¹ Este texto recoge las reflexiones generadas en la primera versión, dictada el primer semestre de 2021, del Taller de Lectura “Deseo, cuerpo y escritura” del Colectivo Trenza: Clínica, Psicoanálisis y Género.

² Carolina Besoain es Psicóloga y Doctora en Psicología de la Universidad Católica de Chile, e integrante del Colectivo Trenza. Mail: carolina.besoain.psicologa@gmail.com

³ Trinidad Avaria es Psicóloga de la Universidad Católica de Chile, Magíster en Psicología Clínica de la Universidad de Chile e integrante del Colectivo Trenza. Mail: triniavaria@gmail.com

ofrece una escritura que da reposo, incluso si estamos en cuatro patas limpiando los vidrios de la casa, o recogiendo juguetes de niños mal criados. Escribe desde un lugar y con una dirección. Lucía escribe desde la gratitud, esa capacidad que como señala Melanie Klein (1957), es la mayor dote que un ser humano puede recibir. Escribe hacia la dulzura, esa potencia que sostiene la metamorfosis de la vida misma (Dufourmantelle, 2021). Y escribe con alegría, esa experiencia existencial que es una disposición a compartir en la que la vida entera es aprobada (Dufourmantelle, 2018).

Berlín nos desliza hacia una ética de la vitalidad, en medio del conflicto entre lo sórdido y los desechos, ella insiste en hacernos ver lo bello y lo hermoso. Tal como dijera Stephen Emerson en la introducción del *“Manual para mujeres de la limpieza”* (2015): “cuando la ficción en prosa es tan expansiva como la de Lucía, se convierte en una celebración del mundo” (p. 21).

Y esa es la potencia de Berlín, su escritura es una celebración del mundo desde sus detalles más íntimos, más cotidianos, con lo bello y lo tremendo.

Escribir la dulzura

La vida de Lucía Berlín parece sacada de una leyenda. Es una mujer que sufrió escoliosis toda su vida y la padeció mucho en su cuerpo. Fue criada en pueblos mineros, entre Chile y Arizona, y la leyenda cuenta que su primer cigarro fue encendido por un príncipe árabe, en un evento de la alta sociedad chilena. Sus relatos nos van dando cuenta de esta vida itinerante, de múltiples lugares. Nació en Alaska en el año 1936 y pasó su infancia peregrinando por los yacimientos a los que su padre, ingeniero en minas, era trasladado: Idaho, Kentucky, Montana. Su papá se fue a la guerra en 1941 y ella, su hermana y su madre se instalaron en la casa de sus abuelos maternos en El Paso, Texas. Cuando la guerra terminó, la familia se mudó a Santiago de Chile. Más tarde, a mediados de los 50, estudió en la Universidad de Nuevo México, donde fue alumna del escritor Ramón Sender.

Además de escritora, Lucía Berlín fue mujer de la limpieza, enfermera de urgencias, recepcionista, telefonista en hospitales y también profesora. Fue hija de una madre alcohólica y luchó contra el alcoholismo toda su vida. Su hijo Mark, en el

“

Además de escritora, Lucía Berlín fue mujer de la limpieza, enfermera de urgencias, recepcionista, telefonista en hospitales y también profesora. Fue hija de una madre alcohólica y luchó contra el alcoholismo toda su vida. Su hijo Mark, en el prólogo de “Una noche en el paraíso” (Berlín, 2018) destaca que pasó varios de sus mejores años sobria y que sus mejores relatos fueron escritos en sobriedad.

prólogo de *“Una noche en el paraíso”* (Berlín, 2018) destaca que pasó varios de sus mejores años sobria y que sus mejores relatos fueron escritos en sobriedad.

Muchos de sus lectores y críticos hablan del “olor a verdad” que tienen sus relatos. Pero se trata de una verdad que se encuentra en una distinción con la realidad. Claramente Lucía Berlín usa su experiencia personal para componer sus cuentos, pero ella misma decía que “de algún modo debe producirse esa

leve alteración de la realidad, una transformación. No una distorsión de la verdad, el relato mismo deviene la verdad, no sólo para quien escribe sino también para quien lee. En cualquier texto bien escrito lo que nos emociona no es identificarse con una situación, sino reconocer esta verdad” (Berlín, 2015, p. 17). Así, en Berlín el relato deviene verdadero en esa distorsión insoslayable que implica la autoficción. Es su vida, pero al escriturarse hace una operación en la que su singularidad se vuelve una verdad para todas.

Su trabajo fue olvidado hasta que se publicó, póstumamente, en 2015, *“Manual para mujeres de la limpieza”*, que fue considerado uno de los mejores libros del año. En 2018 se publicó un segundo libro de relatos, *“Una noche en el paraíso”*, ambos editados por Alfaguara. En total escribió 77 relatos. Sus escritos y su biografía dan la impresión de que Berlín vivió más de una vida. En ellos, cuenta crónicas de sufrimiento, pero un sufrimiento esperanzado, una literatura que es cruda, realista, muy detallista, con una intensidad emocional que como señala Cambroneró Gómez (2018) reside no tanto en que haya grandes tragedias, grandes acontecimientos o grandes desastres, sino en el terrible obstáculo de sobrevivir a lo cotidiano.

Los relatos de Lucía Berlín nos ponen en posición de testigos, haciendo de la mirada un elemento central en su escritura. Sus relatos nos hacen ver lo que

ella va mirando. Y con ello nos introduce a una extraordinaria verdad del mundo cotidiano. Lo logra de manera sobresaliente, contando memorias, traumas de la infancia, historias de hospital, de autobús y de lavanderías. Y en esa mirada suave y dulce, Lucía nos traslada a la gratitud.

La envidia es el vicio de la mirada y la gratitud, su reverso. La envidia destruye, la gratitud liga. Sabemos que pulsión de vida y pulsión de muerte no son dos tipos de pulsión sino dos modos de la misma. Queremos proponer en este escrito la mirada y escritura de Lucía Berlín como un ejemplo de gratitud y dulzura que no niega los aspectos más destructivos de la vida. No estamos hablando de la bondad pura ni de la ingenuidad boba de quién desconoce sus propios montos de agresión o las violencias del mundo. Más bien, nos referimos, en palabras de Anne Dufourmantelle (2021), a una dulzura que es "estremecedora, pacificadora, peligrosa, aparece en el borde. Del otro lado, una vez franqueado el umbral. Vacío, pleno, espacio, tiempo, cielo, tierra: ella hace efracción entre los signos, entre la vida y la muerte, entre el origen y el fin. Irreductible a los registros de los sentimientos colindantes: benevolencia, protección, compasión. Es fronteriza porque ella misma ofrece un pasaje. Al difundirse, altera. Al prodigarse, metamorfosea. Abre en el tiempo una cualidad de presencia en el mundo sensible" (p.27).

Lucía creció entre dos lenguas, el inglés y el castellano. Y sus relatos atestiguan su extranjería, una errancia que en su escritura se expresa en distancia o desapego. Y escribe su extrañeza, la experiencia de habitar cierta zona enemiga, cierto desconocimiento; en palabras de Agota Kristoff (2004), cierto analfabetismo crónico. En Lucía esto deviene en un curioso deseo de observar lo que las palabras tengan para mostrar. Palabras dulces que retratan esa operación creativa que la gratitud genera y que Dufourmantelle (2021) describe maravillosamente: "La dulzura es un enigma. Incluida en un doble movimiento de acogida y de don, aparece en las lindes de los pasajes que signan nacimiento y muerte (...) Tanto en el orden simbólico como en ciertas artes marciales, la dulzura puede dar vuelta el mal y deshacerlo mejor que ninguna otra respuesta" (p.17-19).

Escribir la gratitud

Lucía Berlín se movió entre mundos, habitó diversas clases sociales y geografías. Le gustaba mirar con sus ojazos azules de una forma escasa y particular. En sus narraciones, su mirada salta de una cosa a la otra, de pronto está hablando de la leche y luego está hablando de las sábanas, de lo que conversa con las otras mujeres de la limpieza, de sus propias reflexiones internas: construye un mundo a partir de sus fragmentos, de sus detalles, y de repente, algo se revela.

“Otra vez la casa de los Burke. Ningún cambio.

Tienen diez relojes digitales y los diez están en hora, sincronizados.

El día que me vaya los desenchufaré todos”.

(Berlín, 2015, p. 59)

La escritura de Berlín no tiene desperdicio. En ella, la economía de la palabra se aplica hasta en el detalle más ínfimo pero al mismo tiempo, con esas pocas palabras construye un mundo, una escena maravillosa. Lucía escribe desde una mirada que no niega lo terrible, pero que no devora, una mirada que liga o como señala Stephen Emerson en la introducción del *“Manual”*, “un desapego clínico, combinado con la compasión” (Berlín, 2015, p. 14). Es lo que llamaremos compasión irónica. A través de esta mirada, Berlín es capaz de celebrar en medio de la miseria, muchas veces no a través de lo que dice, sino lo que deja de decir.

Si existe un vicio de la mirada, esa es la envidia. Melanie Klein (1957) nos recuerda que la raíz etimológica de la envidia viene del latín *invidia*, que proviene del verbo *in video*: el mal mirar, mirar con recelo a, mirar maliciosa o rencorosamente dentro de, dirigir una mirada maligna sobre, envidiar algo. Para Klein (1957) en el conflicto entre Eros y Tánatos la envidia es la representante más clara de los aspectos destructivos de la vida anímica que son constitutivos de lo humano. En su pensamiento el hecho de que los impulsos destructivos sean constitucionales, no implica que sean inmutables. Van variando individualmente en su fuerza e interactuando desde muy temprano con las condiciones externas, con el otro: el otro contexto y el otro vincular.

La envidia para Klein implicaría dos movimientos: quitarle al otro lo que

tiene y, además, destruirlo, “destruir su capacidad creadora” (Klein, 1957, p. 6). Y allí se anida su cualidad más maligna, puesto que no permite la sobrevivencia de lo bueno en el otro. La gratitud, es el reverso de la envidia. Tiene que ver con internalizar el don recibido y convertirlo en capacidad creadora. Para Klein (1957) todos los estados anímicos asociados a la salud, como son la satisfacción, la paz, la alegría, implican una ausencia relativa de envidia. Y la mayor dote que puede tener un ser humano es la internalización del objeto bueno vivificante, el don. Dice, a propósito de la gratitud: “Constituye la base de los recursos internos en aquellos que recuperen la paz espiritual después de haber atravesado una gran adversidad o dolor moral. Tal actitud implica acceder a la gratitud en relación con los placeres del pasado y el goce por lo que el presente puede dar, y se expresa en serenidad. Se trata de una capacidad para la resignación sin amargura excesiva que conserva vivo el poder de gozar” (Klein, 1957, p. 29).

Pero el pasaje de la envidia a la gratitud es doloroso, implica un trabajo de duelo: por los límites propios, por la castración constitutiva. Esto va más allá de la pérdida del objeto, tiene que ver con un saber que decanta de la pérdida: el saber que no me van a dar exactamente lo que pido, ni que yo tampoco estoy dispuesta a darlo al otro. Es el duelo de la integración, del saber que el objeto bueno no es tan bueno, que nadie merece amor, que no hay acto que lo garantice.

Así lo escribe Adrienne Rich en 21 poemas de amor:

*“A los veinte, sí: pensábamos que íbamos a vivir para siempre.
A los cuarenta y cinco, quiero conocer incluso nuestros límites.
Te toco sabiendo que no nacimos ayer,
y de algún modo, cada una va ayudar a la otra a vivir,
y en algún lugar, cada una va a ayudar a la otra a morir”.*

Poema III (2019)

Y morir no es morir de amor. Nadie muere de amor; eso es lo que finalmente ocurre en el relato *“Manual para mujeres de la limpieza”* (2015). La protagonista planeaba matarse luego de la muerte de su pareja, Terry. Pero traicionó su pacto y con eso se abre un futuro.

“Entonces pude pasar la aspiradora y entre tanto ella terminó el puzle con un suspiro. Al irme le pregunté cuándo creía que me necesitaría otra vez. -Ah... ¿qué será, será? -dijo ella. -Lo que tenga que ser... será – dije, y las dos nos reímos. Ter, en realidad no tengo ningunas ganas de morir” .

(Berlín, 2015, p. 61)

Es ahí donde la capacidad creadora no está destruida, en ese lugar psíquico que habilita la decisión de seguir con vida.

Cuando Lucía Berlín escribe se va vivificando y le regala vida al lector. Verifica desde esta mirada cada hecho que la rodea y, al hacerlo, elige un lugar para observar. La gratitud es un buen lugar para escribir, la gratitud de estar vivos, a pesar del alcoholismo, las muertes y las madres estragantes. Una vida, o más de una, para encontrar piezas de puzle perdidas en la alfombra, para reconocer la ternura en el olor a amoníaco y vainilla de la leche, para distinguir la belleza de otra mujer a través de la ventana, o en las manos viejas de un indio viejo en una lavandería.

Escribir la alegría

La alegría es un rasgo fácilmente reconocible en la escritura de Lucía Berlín. No porque los sucesos o temas sobre los que escriba sean alegres, sino porque, como señala Stephen Emerson en la introducción del *Manual* (2015) su escritura ilumina el mundo y constata la efervescencia irrefrenable de la vida.

Anne Duformantelle en su libro *En caso de amor* (2018) nos recuerda que la alegría más que una emoción “es una experiencia existencial (...) porque sentirse vivo, enteramente vivo, es extraño” (p. 88-89). Ella se pregunta: “¿Puede la alegría liberarnos de la angustia?”, y su respuesta es “no siempre”, porque renunciar a los síntomas es exponerse a la vida desnuda y la vida desnuda no siempre es alegre. Sin embargo, esa alegría como una experiencia existencial “es una ampliación del ser fuera de las fronteras del yo” (p. 89), es como una expansión del alma que nos inunda y nos eleva. Esto pues sugiere que su origen está en ese secreto momento donde cuerpo y pensamiento no se separan, donde el cuerpo de uno y del otro se encuentran de manera vertiginosa. Es así como piensa la alegría muy cercana a una disposición a compartir.

La Berlín en el "Manual" (2015) comparte buenos consejos a otras mujeres: "Consejo para mujeres de la limpieza: aceptad todo lo que la señora os dé, y decid gracias. Luego lo podéis dejar en el autobús, en el hueco del asiento". (p. 50)

"Mujeres de la limpieza: que sepan que trabajáis a conciencia. El primer día dejad todos los muebles mal colocados, que sobresalgan un palmo o queden un poco torcidos. Cuando limpiéis el polvo, poned los gatos siameses mirando hacia otro lado, la jarrita de la leche a la izquierda de la del azucarero. Cambiad el orden de los cepillos de dientes". (p. 58)

“

En este compartir Lucía Berlín hace lazo con otras mujeres, desde una escritura que no presume ningún saber experto, más bien, hace manual al modo de la manualidad o de la artesanía, mostrando su operación, haciéndonos ver, alegremente, lo que ella ve. Una transmisión que abre a la creación conjunta de un mundo.

En este compartir Lucía Berlín hace lazo con otras mujeres, desde una escritura que no presume ningún saber experto, más bien, hace manual al modo de la manualidad o de la artesanía, mostrando su operación, haciéndonos ver, alegremente, lo que ella ve. Una transmisión que abre a la creación conjunta de un mundo.

Dufourmantelle -retomando a Nietzsche- nos recuerda que en la alegría la vida entera es aprobada. Y aprobar la vida entera es un riesgo. Ella lo va explicando hermosamente en el libro "Elogio del Riesgo" (2019), al señalar que en el riesgo se revela una insospechada libertad que quizás sea la única manera de desarmar la repetición, al inaugurar una ruptura, un tiempo otro, que puede pensarse como una experiencia contraria a la neurosis. Algo así como el reverso del trauma, o un trauma positivo, que desmantela la reserva de fatalidad de todo pasado.

Lucía Berlín escribe desde esa alegría y ese riesgo. Su escritura nos invita a un lazo amoroso y a la vez subversivo. Nos invita a mirar con ella y hace brillar la vida completa en esa mirada dulce y en su gratitud. Su escritura alegre hace lazo y hace amistad. Sus escritos devienen una fuerza de resistencia simbólica que reconocemos como un acto ético y político. Quizás en estos tiempos donde los

fascismos vuelven a asomarse podemos aprender de Lucía Berlín a resistir desde esa otra fuerza de transformación: la potencia de inventar un presente amplio y sensible.

Referencias Bibliográficas

Berlín, L. (2005). *Manual para mujeres de la limpieza*. Madrid: Alfaguara.

Berlín, L. (2018). *Una noche en el paraíso*. Madrid: Alfaguara.

Cambroneró Gómez, R. (2018). Lucía Berlín. Ángeles en una gasolinera. *ViceVersa Magazine*. Recuperado de http://www.oleiros.org/c/document_library/get_file?p_l_id=14092&folderId=122559&name=DLFE-29815.pdf.

Dufourmantelle, A. (2018). *En caso de amor. Psicopatología de la vida amorosa*. Buenos Aires: Nocturna Editora.

Dufourmantelle, A. (2021). *Potencia de la dulzura*. Buenos Aires: Nocturna Editora y Archivada.

Klein, M. (1957/2004). *Envidia y gratitud. Obras completas (Vol. III)*. Buenos Aires: Paidós.

Kristof, A. (2004). *La analfabeta*. Barcelona: Ediciones Obelisco.

Rich, A. (2019). *El sueño de una lengua común. 21 poemas de amor*. Madrid: Editorial Sexto Piso.